

Diego Fortunato

BORNEO

BORNEO

Diego Fortunato

BORNEO

Diego Fortunato

BORNEO

El Lago de Cristal

PDR
Editores

Diego Fortunato

PDReditores

Calle Los oficios, 103

Barcelona-España

Todos los derechos reservados©2022 Copyright

BOUNQ-El Lago de Cristal

Copyright©2018 by Diego Fortunato

Cubierta copyright©Viviana Fortunato

ISBN-9798806368950

Diseño y Montaje Fortunato's Center, c.a.

Printed in the USA. Charleston, SC

Primera Edición: junio de 2019

E-mail: diegofortunato2002@gmail.com

Esta es una obra de ficción. Los nombres, lugares, caracteres, incidentes y profesiones son producto de la imaginación del autor o están usados de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas actuales, vivas o muertas, acontecimientos o lugares, es mera coincidencia. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del autor y editor.

Al milagro de la vida.

Diego Fortunato



La huída era desesperada. El viejo rústico amarillo iba dando tumbos por el camino y amenazaba con despedazarse de un momento a otro. Los tres jóvenes que la ocupaban tenían cara de espanto y no sabían qué hacer. Estaban desorientados. No conocían la región, menos la red de carreteras de la isla de Borneo, en el Sudeste Asiático, por la que esa noche transitaban.

En un rabioso intento Alex Palmer, quien iba tras el volante, dio un giro a la redonda y enrumbó hacia una estrecha vereda de tierra franqueada en cada uno de sus lados por robustas palmas aceitares que al reflejo de la luna se hacían aún más oscuras y tenebrosas y se internó en la espesura a toda velocidad. Detrás de ellos, el ulular de las sirenas de varios autos policiales que los perseguían se fue apagando poco a poco.

Al intuir que los habían perdido, disminuyó la marcha, desactivó las luces del rústico y comenzó a avanzar poco a poco. Todos en su interior estaban alertas a cualquier ruido. Pero no se escuchaba nada. Siquiera el croar de una rana. Al parecer habían podido evadir la persecución de las autoridades.

Palmer detuvo completamente la camioneta, sacó de uno de los bolsillos un yesquero desechable y con su pulgar hizo girar la ruedilla sobre el pedernal y este enseguida se encendió. Miró a sus aterrados compañeros y comprendió todo.

–No regresaremos... No daré marcha atrás –comunicó con voz insegura y temblorosa–. Sí nos atrapan hasta podrían condenarnos a muerte. ¿La tiraste, Bob? –preguntó al joven que estaba sentado en el puesto trasero.

–No –respondió aún asustado su amigo–. Siquiera pensé en eso... Estaba bloqueado –manifestó mientras inclinaba su cuerpo y dejaba deslizar una de sus manos por debajo del asiento para tantear el bulto con drogas que había escondido ahí.

–Hiciste bien... De haberlo hecho nuestras huellas podrían ser motivo de prueba... ¿Sigue ahí? –interrogó después que Bob se irguió.

–¡Sí!

–¿Toda?... ¿También la blanca? –indagó Palmer, clavándole sus incisivos ojos azules.

–Sí, todo está en el mismo bolso –asintió su amigo.

–¡Gracias al cielo! –exclamó Ryan Button, quien era el joven que iba en el puesto de copiloto e indicaba a Palmer por dónde ir mientras eran perseguidos–. ¡Al menos tenemos con qué celebrar! –soltó con una sonrisa en los labios a fin de romper la tensión todavía imperante.

–Seguiremos adelante y esperaremos a que amanezca para decidir qué hacer. Volver atrás ni locos... Podrían estar esperándonos en la entrada –comunicó Palmer y comenzó a avanzar por el estrecho camino con las luces apagadas.

–¿Y si este es un callejón sin salida y cómo dices están esperando a qué regresemos? –arguyó Bob Mattison, el más joven de los tres, mientras con uno de los dedos apartaba un mechón de cabello que había deslizado frente a sus ojos.

–¡No sé!... Algo se nos ocurrirá... –respondió Palmer, quien parecía ser el líder del pequeño grupo.

—Esta es una todoterreno...—afirmó Button refiriéndose a la camioneta en que viajaban—. Nos abriremos paso entre el follaje hasta encontrar un poblado o una vía... —especuló aceptando la idea de seguir avanzando entre aquel bosque de tupidas palmas aceiteras.

Todavía con la adrenalina recorriendo cada centímetro de sus venas, Palmer encendió las luces del vehículo y siguió penetrando poco a poco la accidentada vía. En el puesto de atrás, entre tumbos y tumbos, Bob Mattison preparaba unos pitillos de marihuana. Al tener listo el primero, lo encendió y se lo extendió a Palmer. Luego hizo lo mismo con Ryan Button,

No habían pasado siquiera cinco minutos y las descargas de adrenalina sufridas durante la huida desaparecieron de sus torrentes sanguíneos como si nada hubiese ocurrido. Los jóvenes ya no estaban alertas, ahora iban alegres y cantando. Gracias a la droga y el alcohol que iban ingiriendo, el miedo que casi los paraliza se disipó por completo. Ya no sabían por dónde andaban y poco les importaba en aquellos momentos de frenética euforia. Sólo bromeaban, bebían y avanzaban.

Llegado a un punto, el camino comenzó a hacerse más angosto y escabroso. Palmer detuvo la camioneta. Estaban extenuados y hambrientos, pero siguieron drogándose y bebiendo. Cuando los efectos de la droga mermaron, el cansancio y el sueño se apoderaron de ellos. Eran ya las tres de la madrugada y se consideraban librados del acecho policial. No había amenaza latente. En los alrededores todo estaba oscuro y no se veía ninguna luz en la lejanía. Un grupo de nubes había ocultado la hermosa y reluciente luna llena que los había guiado durante el escape. No había premura, ni peligro, por lo que decidieron pasar el resto de la

noche en aquel lugar y si lo fastidiosos mosquitos los dejaban, dormirían hasta el amanecer.

Su aventura había comenzado en las aulas de clases de la Universidad de Londres, donde los tres eran estudiantes del último año de arqueología. Herman Krich, un viejo aventurero y catedrático alemán que había sido profesor de los tres jóvenes, se hallaba en algún lugar de Borneo junto a otros investigadores estudiando una gran roca milenaria con siete cavernas que en su interior tenía esculpido un triángulo con extraños signos y jeroglíficos desconocidos, los había invitado a unirse a la expedición para que fuese tema de su tesis de grado, de la cual era su tutor. Invitación que los jóvenes aceptaron gustosos porque sabían que todo el Sudeste Asiático era rico en cultivos de las más exóticas drogas y producían todo tipo de anfetamina que después iban a parar a los mercados internacionales, siendo sus mayor centro de distribución los Estados Unidos de Norteamérica y Europa. Aprovecharían la ocasión para llevarse a “casa” un buen lote de drogas. Les pareció que les sería fácil regresar a Londres con un surtido cargamento.

Los tres jóvenes ya tenían una semana en Borneo. Habían llegado a la parte insular de Indonesia y alojado junto a Nikole Gibb, la novia de Palmer, en el hotel Rinjani Beach Eco Resort, situado en Tanjung Selor, en la paradisíaca Riviera este de Indonesia. Ella también era estudiante de arqueología y preparaba su tesis de grado, pero desconocía de las andanzas de su novio y amigos. Era una joven sana y dedicada a los estudios. Su única debilidad, que mucho podrían confundir con una adicción de los tiempos, era visitar centros comerciales, tiendas y realizar algunas compras si algo le gustaba o llamaba la atención. El día que su novio y dos amigos habían decidido ir hasta Malinau, pequeña

ciudad situada al norte de Indonesia, en la provincia del Kalimantan, donde les habían dicho que podrían comprar drogas sin muchos problemas y a buen precio, ella se encontraba de compras.

Creando que sería un viaje de ida y vuelta, Palmer prefirió no decirle nada a Nikole a fin de que no sospechase sobre los verdaderos motivos del viaje. Más bien la estimuló a que saliera a ver tiendas. Lo que no había calculado bien era la distancia que había entre Tanjung Selor y Malinau. Al ver a las dos ciudades en el mapa aparentaban no estar muy lejos una de la otra, por lo que sería un paseo y regresarían rápido al hotel donde seguramente lo estaría esperando Nikole.

Al iniciar viaje preguntaron por la mejor ruta y les dijeron que deberían dar todo un gran giro por la Trans-Kalimantan, la llamada Carretera del Sur, para poder llegar hasta Malinau, no obstante emprendieron marcha. Pararon en la primera estación de gasolina que vieron y en una pequeña tienda de promoción turística que había cerca compraron un mapa de carreteras. Jubilosos, se percataron que el recorrido no era tan largo como les habían informado. Dieron vuelta atrás y guiados por el mapa tomaron la Jl. Trans Kaltara I hacia Ahmad Yani en Seputuk. Según el mapa, ahora la distancia era de unos doscientos seis kilómetros, los cuales según las mismas especificaciones cartográficas podían recorrerse en algo menos de cinco horas. Felices por haber encontrado una ruta más rápida a su destino, los tres jóvenes decidieron seguir con la aventura.

La idea de una buena compra los seducía. La distancia no les importaba. Estaban de vacaciones y el motivo principal que les indujo hacer el viaje era el de comprar drogas. La invitación del profesor Krich y su tesis de grado era una

simple excusa. Si les quedaba tiempo irían a visitarlo y así podrían justificar el motivo del viaje y tener oportunidad de camuflar las drogas entre sus enseres de arqueología, los cuales habían llevado y tenían en la camioneta, un viejo *machito* todoterreno amarillo, que alquilaron al segundo día de haber llegado a la isla de Borneo.

Entre risas, charlas y unos pitillos de marihuana le distancia se hizo corta.

Al entrar a Malinau dieron varias vueltas a fin de ubicar a la persona que le habían recomendado para realizar una transacción sin problemas. La consiguieron dónde les dijeron que estaría. Todo fue rápido y en cuestión de minutos se estaban alejando del lugar. La compra fue un éxito y el costo económico. Pero no todo fue tan color de rosa.

Al momento de ser interceptados por la policía estaban por aparcar en las cercanías del hotel Hokiwa, de Malinau Kota, un modesto hospedaje sin ninguna pretensión, donde dormirían esa noche y al día siguiente emprenderían regreso a Tanjung Selor. No obstante, no pudieron. Vieron hombres y un auto acercarse hacia ellos en actitud sospechosa. Desconfiado y sin esperar resultados, Palmer decidió pisar a fondo el acelerador y alejarse del lugar. Su intuición había funcionado. Pronto, detrás de ellos se escuchó el inconfundible aullar de carros policiales.

Al parecer uno de los vendedores, que a Palmer le dio mala espina al sólo verlo, era un agente encubierto de la policía indonesia y dio el alerta para que fuesen detenidos. Después de la transacción los seguía de cerca en motocicleta y estaba por alcanzarlos cuando la primera autopatrulla trató de interceptar a la todoterreno. Desde ese momento comenzó la persecución policial hasta que, gracias a la audacia y sangre fría de Palmer, pudieron evadirla al introdu-

cirse por un oscuro camino de tierra bordeado de palmas aceiteras.

Ahora que todo había concluido, con la excusa de que no podían conciliar sueño, siguieron consumiendo marihuana y bebiendo durante toda la noche, hasta que el exceso los noqueó.

Los momentos de furtiva gloria y del milagroso escape de que tanto se ufanaban, quedarían en los recuerdos de sus andanzas juveniles como una gran hazaña, pero primero deberían salir del embrollo en que se habían metido.

Alex Palmer era australiano y de muy mala conducta. Su amigo Ryan Button inglés, joven musculoso pero indeciso y algo cobarde, y Bob Mattison, el más joven, norteamericano, quien parecía ser el más centrado de los tres. Extraña trilogía, pero funcionaban en un único suspiro, como una sola alma. La droga y sus frustraciones los unía en simbiosis perfecta.

Al despertar la mañana siguiente eran pasadas las diez de la mañana. Palmer fue el primero de los tres en abrir los ojos. Estaba con una horrible resaca. Quería tomar agua pero en el rústico sólo quedaba media botella de whisky y un poquito de vodka de las tres botellas que habían llevado para que fuesen sus “compañeras de viaje”. Con el frasco de whisky en la mano se bajó tambaleante de la camioneta, empinó el pico en la boca y tomó un buen sorbo que utilizó para hacer gárgaras. Luego apuró un trago. Después otro. Mientras ingería el escocés de cuarenta grados, parte del líquido descendía por las comisuras de sus labios. Al tocar su piel percibió una suave caricia mientras el sol brillantaba el líquido que goteaba hacia el suelo. Un desayuno poco usual, pero al menos lo terminó de despertar. Miró a su alrededor y ya no tenían la larga procesión de palmas aceite-

ras que los acompañaron durante gran parte del escape, sino una tupida selva tropical. Caminó unos pasos para tratar de ver un poco más hacía adelante, pero la espesura se lo impedía. Hurgó en su bolsillo y extrajo su teléfono celular. Quería comunicarse con Nikole para decirle que estaban extraviados y que buscara ayuda para localizarlos, pero el aparato estaba muerto. Se acercó otra vez al vehículo y mientras despertaba a sus amigos buscó en su morral el cable de recarga que siempre llevaba consigo para conectarlo al encendedor de la camioneta, pero no estaba. Lo había dejado en el hotel.

—¡Vamos!... ¡Vamos!... ¡Despierten!... —urgió mientras les daba unos manotazos en las piernas—. Estamos en problemas.

—¡Qué pasa! —preguntó Bob desemperezándose.

—Mira a tú alrededor y te cerciorarás —respondió indicando con la mano la tupida selva que los rodeaba.

—¡Guau!—exclamó su amigo al ver a través de la ventanilla del rústico.

—¡Esto es una locura!... —soltó Ryan desde el asiento trasero—. ¿Estamos perdidos? —preguntó mientras se bajaba y miraba hacia la selva.

—¿Tu celular? —preguntó Palmer.

—No tiene pila... Está descargado... Anoche lo comprobé.

—¿Y el tuyo? —dijo dirigiendo la mirada hacia Mattison.

—¡Muerto! —manifestó haciendo una mueca mientras levantaba sus hombros.

—¿Cables?... —insistió Alex Palmer.

—Lo dejé en el hotel. Enchufado cerca de la mesita de noche —respondió con decepción el mismo Mattison.

—¿Y tú?

–¡Nada!... También debo haberlo dejado en el hotel... Creí que el viaje sería corto y no me haría falta –alegó en forma de disculpa.

–Al menos el tanque está full –suspiró Button después que giró la llave de encendido para chequear la reserva de combustible de la todoterreno.

–Al menos... Pero volver atrás será ir directo a la cárcel... De seguro nos están esperando... Tenemos que seguir –sugirió Mattison refiriéndose a la policía mientras con los dedos de sus dos manos cerrados en forma de pinzas se apretada el excedente de grasa de su abultado abdomen. No habían comido y quizás quería cerciorarse si había rebajado algunos gramos. El exceso de peso, a sus veintitrés años, era una de sus mayores preocupaciones.

–Lo peor es que aquí hay pena de muerte para los que atrapan traficando –aseveró Ryan Button para que no quedasen dudas de que seguir adelante era la mejor opción que tenían.

–¡Si!... Y tienen pelotones de fusilamiento para ejecutarla –agregó Mattison.

–Seguiremos... Dejen la paranoia... Algo encontraremos más adelante –indicó Palmer-. A mí no me van a matar por esa tontería –espetó con desprecio mientras con los dedos de una de sus manos hacia la figura de un pene y dos testículos a sus lados y la levantaba en alto.

–¡De acuerdo!

–Seguiremos... El mundo es nuestro –manifestó con una sonrisa en los labios Button mientras encendía un pitillo de marihuana.

Decididos, los tres joven abordaron nuevamente el rústico y comenzaron a abrirse paso entre una selva virgen llena de cañamos y cerrada vegetación. Iban lentos. El viejo rústico

avanzaba como un toro bravío y parecía que nada detendría su avance.

–¿Crees qué resistirá? –preguntó Mattison.

–Si lo llevamos poco a poco no creo que tengamos problemas –respondió seguro Palmer.

–En el mapa que compramos no hay indicación de carreteras o poblados cercanos –comunicó Button, quien iba chequeando la geografía de la región.

A paso de tortuga el tiempo no se detiene. Va más rápido que cuando se corre a velocidad.

Los tres jóvenes no advirtieron que mientras se adentraban en la selva los rayos de sol que se colaban entre los árboles comenzaban a desaparecer. El ocaso estaba por anunciar el fin del día, pero no se percataron.

Animados por Palmer, quien para controlar la ansiedad y miedo de sus amigos, iba charlando y echando cuentos de parrandas vividas, Button y Mattison hacían uso de parte de la droga, más que todo de la *ganja*, como llamaban en Indonesia a la marihuana, la cual habían comprado para su consumo personal. Lo demás, la cocaína y el *éxtasis*, sería para negociarlo en el bajo mundo universitario una vez que regresasen a Inglaterra.

Estaban tan felices y fuera de la realidad y de sus propias vidas, que no advirtieron la locura que estaban cometiendo al adentrarse en una desconocida tumba tejida de verde y traicionero follaje.

La vida les había sido generosa y se creían triunfadores. Además, tenían en sus manos lo que habían ido a buscar y nadie se lo quitaría. Era suya y les pertenecía. Regresarían a Londres triunfadores. Transgresores, pero no derrotados. Era su momento. Mientras pensaban y divagaban embria-

gados en sus propias incoherencias, la noche los había envuelto en su manto.

La marihuana los mantenía relajados. No había instinto que valiese. Sus músculos estaban lasos y adormecidos. La droga estaba a punto de anularlos otra vez, pero de pronto, desde el corazón de la selva comenzaron a escucharse rugidos demoníacos que les hicieron erizar la piel. Unos venían de lejos, otros de más cerca, pero su eco mortuorio y salvaje hacía temblar hasta los árboles de la jungla.

—¡Cierren las ventanillas!... ¡Escóndanse!.. —gritó Palmer y después todo fue silencio.



Yacimiento arqueológico de Hutan Gelap.

En algún recóndito lugar de las selvas montañosas del Sarawak, Malasia Oriental, en la parte septentrional de Borneo.

—¡No se oye!... La recepción es mala. Hable más fuerte — se escuchó con eco entre un grupo de ruinas parcialmente devoradas por la tupida selva tropical.

—¡Profesor!... ¡Profesor! —repitió con angustia la persona que llamaba—. Soy Nikole Gibb, su alumna... Pronto iremos para allá... ¿Me oye?

—¿Quién?... Hable más fuerte...—solicitó del otro lado de la línea con demarcado acento alemán Herman Krich, el espigado profesor de arqueología de la Universidad de Londres—. ¡Demonios!... —espetó con fastidio y separó el teléfono satelital de su oído—. ¿Quién será? —se preguntó a sí mismo en voz baja mientras dirigía la mirada a una mujer que tenía al alcance de los ojos y le hacía señas de ir donde estaba. Con un movimiento de cabeza aprobó que había entendido y volvió a pegarse el aparato de la oreja—. ¿Quién es? —preguntó de nuevo importunado.

—Nikole, profesor... La novia de Alex Palmer... —se escuchó en gritos del otro lado del teléfono para que pudiese ser escuchada—. ¿Está con usted?... ¿Fue para allá? —preguntó inquieta.

Al oír mencionar el nombre de Alex, el profesor Krich reaccionó. Le era más que familiar. Aunque no era homosexual, desde que Alex Palmer inició clases en su cátedra, su extrovertida personalidad e insolentes intervenciones en el aula, lo había impactado de tal forma, que en vez de marginarlo, de manera inconsciente lo había incluido entre sus alumnos predilectos, de allí la invitación que le hizo para que fuese al yacimiento arqueológico que descubrió en Malasia. Aunque delante de ella nunca había demostrado alguna evidente desviación, Nikole Gibb sospechaba que el profesor era raro y que su novio Alex Palmer lo atraía de forma casi obsesiva.

–¡No!... No ha venido!... Los estoy esperando a todos ustedes –respondió reflexivo–. ¿Por qué lo preguntas?... ¿Sucede algo?

–Salió con Button y Mattison y no ha vuelto... Lo he llamado a su celular y la contestadora dice que el número no está disponible.

–Debe tenerlo apagado... Sigue intentándolo. Aquí no está... Si lo ubicas, vengan pronto –respondió Krich denotando cierto fastidio.

–Es qué no entiende, profesor... Desapareció hace más de treinta horas... He llamado cientos de veces a todos los celulares... A sus amigos y nada –insistió preocupada Nikole.

–Entonces debes notificarlo a la Policía –recomendó el arqueólogo–. Debo dejarte –manifestó y enseguida cerró la comunicación.

–Ése maricón... Si hubiese sido Alex, estuviese embelesado hablando con él y no le colgaría en la nariz– espetó con asco dentro de sí misma mientras se guardaba el celular el bolsillo trasero del ajustado blues jean que vestía.

El profesor Krich estaba ante el descubrimiento arqueológico más grande y jamás imaginado de la historia de la humanidad y no podía estar perdiendo tiempo en asuntos de jóvenes rebeldes. Presumió que Palmer y sus amigos se habían escapado de la fastidiosa Nikole y fueron a comprar drogas. La fama de los tres era bien conocida en la Universidad de Londres, aunque jamás se le logró probar ni involucrarlos en nada ilegal dentro del recinto universitario.

Krich apuró el paso y dio vuelta a la derecha de la gran roca, especie de mausoleo, que examinaba junto a sus asistentes y fue hacia donde requerían su presencia.

Pronto estuvo al lado de Brenda Koh, una joven científica malaya, quien además de serle de gran ayuda en sus investigaciones, le servía de intérprete con los aborígenes murut, ibans, suluk y kadayan, que deforestaban y limpiaban la maleza que estuvo a punto de devorar la gran roca negra en forma de puño acostado con siete cavernas interiores que estudiaba.

Los suluk y kadayan habían aceptado llevar a la expedición hasta el ombligo de Hutan Gelap, donde estaba la enigmática y mítica *Peletakan Batu Fist* o Gran Roca del Puño Acostado, del que creían era un centro de adoración y altar sagrado que en los inicios del universo se desprendió del universo llevando en su seno a los dioses de la cosecha, abundancia y paz que dieron prosperidad y armonía a sus pueblos, porque suponían que los exploradores dirigidos por Krich revivirían sus divinos poderes y sus cosechas volverían a florecer y sus problemas a acabarse.

Algo imposible de realizar, pese a que Krich y algunos de sus colegas juzgaban que las leyendas aborígenes sobre *Peletakan Batu Fist*, no estaban tan lejos de la realidad como podría imaginarse. Más bien demostraban ser reales.

Cuando seducido por mitos malasios e indonesios, organizó su primera expedición a la selva tropical de Malasia y con la ayuda de la doctora Koh y un grupo de nativos llegó hasta donde estaba la Gran Roca del Puño Acostado, nadie más negó su existencia y menos que aquella inmensa mole pétreo bajó del cielo. Argumentos convincentes, para sostenerlo, habían muchos.

Al regresar a Inglaterra se llevó consigo muestras de la roca para que fuesen examinadas en el Instituto de Arqueología de la Universidad de Londres. Inmediatamente se le hicieron pruebas con Carbono 14 y no se obtuvo ningún resultado. Su antigüedad parecía ser mucho mayor y el Carbono 14 no pudo detectarlo. En vista de ello, buscando conocer su origen y data, se utilizó la técnica del AMS, un Acelerador de Espectrometría de Masas, y tampoco se consiguió especificar algo. Lo mismo sucedió con la de potasio-argón, un método de datación radiométrica que se utilizaba para fechar muestras de rocas o cenizas volcánicas que iban de los diez mil hasta varios miles de millones de años de antigüedad. La Gran Roca parecía ser mucho más antigua e indetectable a los métodos existentes hasta ese momento. Se le sugirió al profesor Krich recurrir al Ar-40/Ar-39, un procedimiento de datación más preciso, cuya tasa de error era de apenas del uno por ciento, sin embargo tampoco dio resultados. La Gran Roca del Puño Acostado era un fantasma caído del espacio. Era muy, pero muy antigua y no se pudo definir ni de dónde procedía ni cuál era su edad. El conocimiento humano todavía no había alcanzado tal grado de sabiduría. Algunos estudiosos llegaron especular que su edad podría estar entre los tres a seis mil millones de años atrás.

Con las primeras noticias sobre el hallazgo de la Gran Roca del Puño Acostado hubo cierto revuelo internacional, sobre todo en el ámbito académico, y comenzaron a tejerse disparatas teorías y como todo hallazgo revolucionario que no tiene explicación, la euforia del primer momento se apagó tan rápido como nació ya que no había más novedades para abastecer el festín de noticias con las que se alimentó la prensa. Todo decayó pronto. Sólo algunos investigadores, entre ellos el profesor Herman Krich y algunos de sus colegas más cercanos, siguieron trabajando en silencio a fin de establecer qué era y por qué estaba allí la Gran Roca del Puño Acostado.

Hasta el mismo día que el profesor Krich y su equipo pisó el interior de la Gran Roca, no se sabía con certeza si era un templo religioso y de adoración, un mausoleo de antiguos reyes y príncipes o, simplemente, una gran roca tallada con raras inscripciones para contar en sus paredes la historia de ancestrales tribus que poblaron esos territorios hacía millones de años atrás. No obstante, sin importar los fines para que fuese utilizada, eso no revelaba su naturaleza y antigüedad. Científicos de probada reputación se atrevieron a afirmar que podía ser un pedazo de asteroide que se desprendió en los inicios del cosmos desde la cadena de asteroides que circunda el sol. Otros, aún más osados, dejaron sobre el tapete de las dudas que podría tratarse de una parte de la cola de Mathilde, un asteroide de más de cincuenta y dos kilómetros de diámetro, debido a su coloración oscura, como el asfalto fresco, y la gran cantidad de condrita carbónica y minerales filosilicatos que tenían la muestra de la Gran Roca del Puño Acostado examinada en los laboratorios.

El profesor Krich era de poco hablar y a pocos les confiaba sus deducciones e impresiones. Una de esas personas era la siempre atenta y servicial Brenda Koh, quien poseía el conocimiento arqueológico necesario de la zona para poder descubrir, al menos, al misterio de la grafías talladas en las paredes interiores de la Gran Roca de Puño Acostado, cuyo tamaño era similar a tres campos de fútbol y su color totalmente negro y liso, probablemente pulido por la fricción al entrar en contacto con la atmosfera terrestre si, ciertamente, como algunos creían, provenía del cosmos.

Krich se inclinaba por esa teoría. Creía que la Gran Roca era un asteroide de data desconocida que los primeros aborígenes que poblaron el lugar fueron tallando y excavando en su interior hasta completar siete cuevas o cámaras, todas ellas vacías, menos la séptima y última, en cuyas paredes cincelaron un triángulo lleno extraños anagramas, que más bien parecían ecuaciones y códigos binarios indecifrables. La séptima cámara era la única que tenía una puerta de acceso. Consistía en una abertura rectangular de un metro treinta centímetros de alto por uno de ancho. Para acceder a su interior se tenía, obligatoriamente, sin importar la estatura de la persona, que inclinar espalda y rodillas a manera de genuflexión. Dentro, en el centro de su pared nororiental, estaba la gran talla triangular pulcramente pulida, con el interior cincelado de extrañas inscripciones. A su costado derecho, también delicadamente tallado, la figura de un enorme pez que daba la impresión de estar suspendido en el aire y con la cabeza apuntando hacia abajo.

En el lugar más oscuro de la cámara, desde el corazón del suelo brotaba un flujo de vapor de agua que parecía trepar en pequeños saltos e intervalos, por las paredes de la roca. Las arañaba con delicadeza. Al hacer contacto con la fría

pedra negra perdía su estado gaseoso, convertía en líquida y muy lentamente se transformaba en un delgado filamento de impetuosa agua que comenzaba a descender por las ranuras y bordes irregulares de la roca, los cuales seguían en su estado virginal. Después de serpentear y circular por los canaletes naturales, la gravedad hacía descender el agua hasta una especie de pequeño recipiente cóncavo de piedra que estaba muy cerca de la entrada de la Gran Roca. Semajaba una pila bautismal en forma de triángulo acostado y de punta roma, que había sido tallado a nivel del suelo. El agua se iba depositando en su interior de forma lenta y continua. Lo extraño era que no se llenaba ni rebosaba del borde, pese a que durante siglos había estado manando hacia el mismo recipiente. El profesor Krich presumía que era succionada por algún río subterráneo que fluía justo debajo de la Gran Roca. No obstante, para que sus deducciones pudiesen ser concluyentes, deberían hacerse pruebas que corroborasen que, ciertamente, existía el supuesto río subterráneo.

La parte exterior de la Gran Roca del Puño Acostado, y de ahí su nombre, tenía la forma de un puño humano cerrado y acostado sobre el suelo, donde sólo asomaba parte de lo que aparentaba ser un pulgar doblado hacia adentro y en su parte superior, de más de seis metros de alto, el dibujo espectral de los cuatro nudillos de los dedos que a la distancia semejaban pequeñas jorobas perdidas en la inmensidad de la jungla.

Cuando el profesor Krich y su grupo descubrieron la Gran Roca durante su primera expedición a Hutan Gelap, creyeron que eran montículos de tierra devorados por la selva. Los juncos y el follaje se habían metido por la puerta que daba acceso a las cámaras ocultando su existencia. Después

de meses de deforestación y limpieza realizada por los aborígenes que los acompañaron, se reveló, al fin, la verdadera forma y magnitud de *Peletakan Batu Fist*, la Gran Roca del Puño Acostado. Aunque todavía seguían con los trabajos de limpieza y quedaba mucho que descubrir, se había avanzado bastante y hora tras horas los científicos se encontraban con nuevas y fascinantes sorpresas.

—¡Profesor!... ¡Profesor!... Venga... Esto lo asombrará — escuchó Herman Krich a sus espaldas la voz de Brenda Koh.

—¡Voy!... ¡Voy! —respondió, giró el cuerpo y apresuró el paso mientras guardaba en el bolsillo superior de su chaqueta el teléfono satelital que aún tenía en la mano después de hablar con la novia de Palmer.

—¡Mire!... No lo va a creer —comunicó con suave voz Brenda. Su aceitunada piel brillantada por el sudor y la siempre húmeda selva, la hacía percibir como una estatua de bronce viviente.

—Veamos esa cosa —expresó ávido Krich al llegar junto a ella, aunque durante las últimas semanas había perdido toda capacidad de asombro. Los sorprendentes hallazgos florecían día tras día en Hutan Gelap.

—Raiun la desprendió de una de las paredes de la segunda cámara... —dijo refiriéndose al joven guía malayo de la expedición—. ¿No le parece asombroso? —indagó mientras entre índice y pulgar sostenía una pequeña piedra color rojo que ponía al alcance de sus ojos.

—Déjame ver —manifestó Krich mientras se la quitaba de entre los dedos y de un bolsillo de su camisa sacaba unos pequeños lentes—. ¡Asombroso!... ¿Qué será?... Nunca había visto algo semejante. ¿Dónde la encontraste? —preguntó al guía, que estaba parado al lado de la doctora Koh.

–En el borde del canaleta que lleva agua –respondió el joven de la etnia Badú, quien había estudiado algunos años en la Universidad de Malaya, en Kuala Lumpur, y hablaba perfectamente español y otras lenguas de la región porque había sido guía turística.

–¿Cerca de la pila? –indagó el profesor.

–¡No!... En la tercera cámara... Mientras estaba mojada brillaba, ahora no –refirió.

–Interesante... Muy interesante... –pronunció el profesor Krich mientras mantenía en sus manos y a la altura de los ojos la pequeña piedra roja no más grande que una lágrima y la examinaba minuciosamente. Por supuesto que no es rubí... Debe ser otro mineral... –aseveró mientras le daba vueltas entre sus dedos-. Si estaba donde dices, de seguro habrá más... Debe formar parte de la composición geológica de la roca... Sólo con un examen de laboratorio podremos saber de qué trata –precisó mientras se quitaba los lentes y guardaba en el bolsillo de la camisa.

–Lo mismo pienso... Nunca había visto algo semejante... Es metal... De eso no hay duda –reflexionó la doctora Koh-. Parece una aleación de cobre con algo más, pero no sé qué otro metal podría ser.

–Buena deducción, estimada doctora, concuerdo con usted –afirmó el curtido profesor mientras volvía a entregarle la pequeña piedra. Pese a que Brenda Koh no debería pasar de los treinta años, el distinguido catedrático la trataba con respeto y evitaba tutearla.

–Viene agua... Mejor nos retiramos al campamento –sugirió Raiun, aunque la espesa selva siquiera dejaba ver el cielo y muy pocas veces se colaba un rayo de luz entre los gigantescos y frondosos árboles, de allí el nombre de Hutan Gelap, que en malayo significaba Selva Oscura, un lugar

inexplorado y conocido por muy pocos debido a su fama de ser morada de maléficos espíritus ancestrales que devoraban a su víctimas a fin de no dejar rastros de su existencia terrena.

—También eres una caja de sorpresas, amigo —expresó Krich mirando fijamente a los ojos del joven aborígen— mientras con la mano se sacudía una gota de agua que se había filtrado entre los árboles—. Sí lo dices... ¡Vamos!... Mañana será otro día.

Apenas el profesor terminó de pronunciar la última palabra, torrentes de agua seguidos de aulladores vientos y relámpagos arrojaron el corazón de la selva. Pero no era todo. Procedente de la arboleda se escuchó el desgarrador grito de una mujer.

—¡Corramos!... ¡Corramos! —alertó Raiun mientras desparovido se les adelantaba a grandes zancadas.



Los tres jóvenes se refugiaron en la camioneta y espantados comenzaron a subir los vidrios a fin de atenuar los aterradoros ruidos de la bestia que parecía avanzar hacia ellos con la intención de atacarlos. Era el juego del miedo. Traiciona pensamiento y razón. El terror hace ver todo oscuro y neblinoso.

El único de entre los tres que dibujaba una sonrisa socarrona entre labios y estaba a punto de estallar en carcajada era Bob Mattison, el más joven y alto de los tres, quien en silencio luchaba contra su sobrepeso.

Al darse cuenta, Palmer lo increpó.

—¿Qué pasa?... ¿Por qué esa cara? —preguntó molesto.

—Son orangutanes, amigos... No hay que temer... Rugen de esa forma antes de acostarse y al amanecer... —explicó antes de soltar una risotada.

—¡Qué!... ¿Estás seguro? —indagó Ryan Button mientras despavorido miraba a través de la ventanilla. Su bien delineado cuerpo atlético y musculatura lo traicionaban ante su temerosa actitud frente al peligro.

—¡Sí!... Claro, que sí... Están anunciando: *¡Es hora de dormir amigos orangutanes!... Y en las mañanas ¡A despertar flojos!...* —expresó en son de broma poniendo voz de ultratumba y volvió a soltar otra carcajada.

—¡Bah!... ¿Y por qué no lo dijiste antes? —reclamó Palmer, el mayor de los tres amigos.

–No me dejaron... Corrieron como chicas asustadas... –respondió.

–¿Y por qué no los escuchamos anoche? –indagó dudoso Ryan.

–No sé... Recuerden que estábamos con los vidrios cerrados bebiendo, metiéndonos *cachos* y hablando a gritos... Tal vez no los oímos –arguyó Mattison, quien era el más sano del grupo. Se hizo amigo de los dos porque eran grandes conquistadores, destreza que la naturaleza le había negado con las chicas. La droga fue la excusa. Su inseguridad ante las mujeres la atribuía a su incipiente gordura, pero en realidad su problema era la timidez. La droga le daba valor para acercársele y tratar de cautivarlas.

–Es verdad... Esa *ganja* es muy poderosa –admitió Button mientras un largo bostezo salía de su boca.

–Bueno... Sea lo que sea, no más droga... Dormiremos ahora y mañana temprano saldremos a buscar un camino o un poblado... Lo que sea –dijo Palmer casi con desesperación-. Debe haber alguno cerca –concluyó dejando resonar su ronca y autoritaria voz.

–¿Y agua?... No tenemos agua... No se vayan a meter éxtasis... Morirán en esta selva... –advirtió preocupado el regordete norteamericano.

–¡Ni locos!... Lo sabemos –respondió Button, a quien sus facciones finas y delicadas, muy inglesas y nariz perfectamente delineada, era atracción de jóvenes mujeres y estudiantes-. ¿Qué has creído?... Piensan que voy a dejar todo esto tirado en la selva para que sea pasto de fieras –afirmó levantando los brazos a la altura de los hombros mostrándole sus bíceps, los cuales se abultaban bajo la ajustada franela roja que vestía. Era el más atlético de los tres y gran parte de su tiempo libre lo pasaba en el gimnasio de la universi-

dad, donde además de ejercitarse con las pesas practicaba judo. Toda una contradicción con el perfil de la mayoría de los estudiantes de arqueología, en su mayoría delgados y desgarbados, sobre cuyas narices se posaban gruesos anteojos de vista. Al menos, ese era el denominador común en la Universidad de Londres, donde una buena parte de las mujeres también tenían el mismo fenotipo. Palmer también era fornido y, a sus veintiocho años, era el mayor de los tres. Gracias a su personalidad extrovertida, seguro de sí mismo y resuelto a enfrentar cualquier problema que se le presentara, se había ganados el respeto de sus amigos, quienes lo seguían donde fuese y acataban sus decisiones. Confiaban en él, pero esta vez era distinto. No estaban en la ciudad y no había chicas alrededor. Sin embargo, inconscientemente, se apoyaban en Palmer como si fuese su líder, aunque nadie había mencionado esa palabra y menos elegido como tal.

—Como dije, no más droga por hoy —recordó a fin de dejar el asunto bien claro—. Dormiremos y en la mañana avanzaremos hasta donde podamos... No se preocupen, conseguiremos algo.

—¡De acuerdo! —asintió Ryan—. Pero más que todo agua... De otra forma moriremos deshidratados.

—Por eso dije no más alcohol ni drogas —recalcó Palmer tomando esta vez la postura de un hermano mayor más que de líder.

—De alcohol queda muy poco... De droga bastante —subrayó juguetón Ryan, quien parecía no haberse percatado del grave problema en que estaban metidos. Palmer si lo sabía. Lo de la policía tras de ellos resultaba una situación muy embarazosa, pero estar perdidos en medio de la jungla podría ser aún peor si no salían pronto de ella.

—No boten las botellas y saquen de donde las tiraron las vacías de agua... —Nos servirán para aprovisionarnos — indicó precavido el rubio líder del pequeño grupo de desadaptados jóvenes.

—Pero, ¿por qué?... Todos llevamos cantimploras en nuestros morrales —expresó Mattison, quien al igual que Ryan no presentía peligro. Subconscientemente se aferraba a la todoterreno. Le daba seguridad. Era su protección. Un salvoconducto a la civilización.

—No importa... Será nuestra reserva si el camino se alarga... Nunca se sabe —reflexionó Palmer sin revelar sus verdaderos temores—. Es mejor ser precavido que morir de sed, ¿no te parece? —dijo dirigiendo sus ojo a los de Mattison.

—Es cierto... No lo pensé... Soy optimista y creo que mañana estaremos fuera de esta selva —respondió a manera de disculpa mientras con una mano se acariciaba sus abultados cachetes.

—¡Qué Dios te oiga! —exclamó Button, quien al igual que su amigo Bob procedía de una tradicional familia católica, aunque ninguno de los dos eran asiduos en visitar iglesias. A veces los domingos, si alguna de las chicas que pretendían, les decían que después de la ceremonia irían de paseo o de compras, pisaban el recinto sagrado.

Tal como lo habían anunciado los orangutanes, la noche pronto abrigó a la selva convirtiéndola en una oscura manta negra que no dejaba ver nada más allá de un par de centímetros.

—No se preocupen... Pronto nos acostumbraremos a la oscuridad —advirtió Alex Palmer, el único de los tres que había tenido experiencia de campo en algunos trabajos arqueológicos en Centroamérica.

–Saben el cuento de la gallina clueca –preguntó Mattison, quien además de ser el más joven era también el más infantil de los tres. Siempre salía con alguna imbecilidad con tal de hacer reír a sus amigos.

–Nada de cuentos ni chistes... –interrumpió Palmer, quien se había echado sobre el cuerpo la manta que llevaba en su morral.

–Pareces una matrona, Alex –protestó de buena gana su joven amigo.

–A callarse y cerrar los ojos... Mañana deberemos estar muy despiertos si queremos encontrar una ruta de salida... Fue lo convenido, ¿o no? –rezongó tratando de disciplinar al siempre ocurrente Mattison.

–¡Qué severidad! –expresó Button, quien se había recostado en el fondo del maletero y acomodado la cabeza sobre su morral, el cual le serviría de almohada.

–No es eso... Tendremos que ponernos de acuerdo... Si buscamos contradecirnos estaremos fritos... ¡Ok!

–Tienes razón. Eres el más experto y seguiremos tus indicaciones –aceptó Button.

–De acuerdo también –accedió Mattison–. Pero en la ciudad seremos otra vez *Uno para todos y todos para unos* –expresó lanzando una sonora carcajada después de citar el código de honor de Los tres mosqueteros.

Ninguno de sus amigos respondió a su ocurrencia ni rió la gracia. Dentro de la camioneta el silencio comenzó a ser penetrante. Ahora estaban verdaderamente solos. Después de cerrar los ojos e intentar conciliar sueño, cada uno se fue trasladando a su verdadero mundo interior. La droga ya no les podría aliviar sus miedos y contener las frustraciones. Pronto en sus mentes vagaron hacia antiguas emociones, todas cargadas de malos recuerdos y vicisitudes. Creían que

estaban sepultadas en su memoria, pero el terror ante lo desconocido las había revivido. Aunque no se hablaban y tenían los ojos cerrados, sabían que estaban aún despiertos. Las horas fueron pasando y los recuerdos martillando sus sienes. Los tres almacenaban diablos internos y buscaban espantarlos.

Sin darse cuenta fueron quedándose dormidos. El primero en hacerlo fue Bob Mattison. Sus ronquidos eran evidencia de que estaba profundo. Luego lo siguió Button. Palmer no podía conciliar sueño. Se sentía responsable de muchas cosas, pero lo que más le preocupaba ahora era sacar sanos y salvos a sus amigos de la selva. Con esa inquietud entre ceja y ceja, también se dejó vencer por el sueño.

Todo estaba en silencio. Hasta los ronquidos de Mattison habían cesado. Al fin los tres jóvenes descansaban un poco del frenesí de la droga y sus efectos delirantes. Siquiera los mosquitos los turbaban. Habían cerrado de tal forma los vidrios de la camioneta, que los creían impenetrables, pero no resultó así. Los bichos se metieron. Somnolientos y entre maldiciones engancharon el mosquitero de Button en una de las ventanillas de la todoterreno, la cual dejaron medio abierta a fin de poder respirar, y evitaron que penetrasen con tanta furia.

Pronto volvieron a quedar profundos, pero la paz duró poco.

—¡Noooo!... ¡A mí no!... ¡A mí no!... —se escuchó de improviso. Era la voz de Button—. ¡No!... ¡No!... ¡Sáquenme de aquí! —prosiguió en lacerante lamento.

—¡Tranquilo!... Tranquilo Ryan. Debe ser otra de tus pesadillas... —lo consoló Palmer, quien al escuchar sus gritos se incorporó del asiento delantero donde estaba recostado y con una de sus manos comenzó a sacudir suavemente la

cabeza de su amigo—. Vuelve a dormir... No pasa nada... Despertarás a Bob —señaló mientras el joven norteamericano comenzaba a roncar nuevamente.

—Está bien... Gracias... Duerme tú también —respondió un adormilado Button.

—¡Ok! —se escuchó casi en susurro y todo volvió a quedar en silencio.

No obstante, la vida les tenía deparada una sorpresa. No había pasado siquiera media hora cuando sobre el techo, capot y toda la carrocería de la camioneta comenzaron a escucharse leves goteos que a los pocos segundos se convirtió en ensordecedor campaneó. Había iniciado una tormenta, de las tantas que asolaban a Borneo durante los meses de agosto, pero esta parecía descomunadamente furiosa y querer arrasarlo con todo.

Esta vez los tres jóvenes despertaron casi al unísono.

—¿Qué sucede? —preguntó Mattison al abrir los ojos.

—Se desató una tormenta... Pero tranquilo. Aquí estamos seguros y protegidos —indicó Palmer para evitar que el pánico se apoderase de sus amigos, aunque él estaba más que asustado.

Las gotas que se colaban entre los árboles eran tan grandes, que retumbaban sobre toda la carrocería de la camioneta con intimidante estruendo. Sonaban tan fuertes al estrellarse sobre el latón del techo, que parecía granizo, pero no lo era. Para acrecentar aún más el espanto de los jóvenes el aullido del viento comenzó a colarse entre las rendijas de la todoterreno con ensordecedor saña. Afuera, los árboles se balanceaban como si fuesen endeble pajas. Las ramas más débiles buscaban aferrarse inútilmente del tronco que le dio vida, pero pronto comenzaron a caer agonizantes sobre el

suelo salvaje esparciendo nieblas de hojas y brotes de vida vegetal que aterradas danzaban al capricho del viento.

Callados, los tres amigos esperaban que la tormenta cesase. Estaban paralizados. Su miedo era tan intenso que hasta olvidaron elevar una plegaria al cielo. El terror las había borrado de su memoria y recuerdos. Pensaban sólo en ellos y cómo preservar sus vidas, la cuales vislumbraban en peligro.

Siguió lloviendo a cantaros durante más de tres horas y el temporal no amainaba, más bien empeoraba en su furia devastadora. No hay piedad donde no existe misericordia. Los deseos de la selva eran otros.

Un ruido estrepitoso, como de piedras arrastradas con violento ímpetu, aterrorizó aún más a los jóvenes. Comenzó a escucharse lejos, pero a los pocos segundos se fue haciendo más grande y cercano.

A Button se le ocurrió encender la luz del techo y vio a Palmer con los dientes apretados y su boca semiabierta. Enseguida buscó apagarla, pero no tuvo tiempo. Raudales de agua y lodo alcanzaron la parte baja de todoterreno y comenzó a elevarla y bambolearla de un lado a otro como si fuese de cartón.

–¡Rápido!... ¡Rápido!... Recojan los morrales y salgamos de aquí... ¡Rápido!... –urgió fuera de sí Palmer.



Temprano en la mañana Nikole se trasladó a la Comisaria de Policía de Tanjung Selor para participar la desaparición de su novio y amigos. Así se lo habían recomendado en el hotel. Pese a que en el territorio de Borneo perteneciente a la jurisdicción de Indonesia apenas vivían cerca de seis millones de habitantes de los doscientos sesenta de la población del archipiélago, la posibilidad de “desaparecer” de la isla era muy grande debido al repunte de la delincuencia, trata de blancas y narcotráfico. Más de las dos terceras partes de la isla eran selvas, algunas de ellas aún vírgenes e inexploradas, y serranías casi impenetrables y deshabitadas. Las autoridades de Malasia, Indonesia y Brunei, este último el más pequeño, pero el más rico de los tres países que compartían la isla de Borneo, habían declarado una guerra sin piedad ni cuartel al narcotráfico. No obstante, debido a su conformación geográfica y la corrupción policial, se les hacía casi imposible acabar con ese flagelo.

El tiempo pasa volando pero los problemas persisten y parecen asociarse en un beso cómplice.

Nikole tenía más de una hora sentada en la pequeña sala de espera del recinto policial aguardando ser atendida por los funcionarios del Departamento de Denuncias. Aunque el lugar no era nauseabundo, sí algunas de las personas que estaban sentadas muy cerca de ella, más que todo mujeres humildes y mal vestidas, que se cubrían parte del rostro y otras los brazos, con grandes pañoletas estampadas de ex-

óticas flores a fin de ocultar heridas producto de alguna golpiza, quizás recibida por su pareja o durante un asalto. También habían madres acompañadas de sus pequeños hijos presumiblemente maltratados por su progenitor. Reunidas en un rincón de la sala, tres jóvenes que por su indumentaria y maquillaje parecían ejercer la profesión más antigua del mundo, charlaban entre ellas alegres y despreocupadas. Cerca de ellas, un hombre estaba con la cabeza tomada entre ambas manos y metida en sus rodillas. De seguro víctimas de la cadena de trágicos eventos criminales que suceden a diario en la siempre salvaje jungla de concreto.

Cuando cansada de tanto esperar, la joven decidió marcharse, un desgarrado y despeinado funcionario policial de unos cuarenta años, se le acercó y pidió que lo siguiese. Nikole así lo hizo. Pronto llegaron a una oficina donde detrás de un pequeño escritorio lleno de carpetas y papeles, estaba sentado un policía gordinflón y sudoroso, que al verla entrar con un movimiento de su mano la invitó a ocupar la silla vacía que estaba delante de la escribanía. Después de enterarse del motivo de su visita, comenzó a tomar notas de la denuncia con desgano. Su fastidio era más que evidente, pero Nikole insistía y se aseguraba de que anotara bien los apellidos y señas fisonómicas que le indicaba, así como los nombres y apellidos y el teléfono del hotel donde se hospedaba. Al advertir su insistencia y desespero, un policía de impecable uniforme que estaba hurgando en un archivo que había a la derecha de donde estaban hablando, se acercó y preguntó en malayo a su compañero qué le sucedía a la joven. El funcionario regordete le informó. Éste hizo una mofa y con el grupo de carpetas abrazadas al pecho dio vuelta y se alejó del lugar. Luego Nikole se enteró

de que aquel tipo de denuncias eran muy comunes y “populares” en la central policiaca. Muchos de los agentes siquiera atendían a las personas que llegaban con ese tipo de problema. Sólo les decían que volviesen a las setenta y dos horas y no antes, para ser escuchadas. El caso de Nikole fue una excepción. Quizás su porte elegante, hermoso cabello rubio y bien delineado cuerpo, le agradó al regordete policía y por ese motivo la satisfizo, aunque pronto se incomodó al escucharla repetir con angustiosa insistencia siempre lo mismo.

El funcionario le explicó que reportes de personas desaparecidas que luego “reaparecían” sin notificar a la policía eran el pan de cada día en Borneo, donde algunos turistas, más que todos los jóvenes, se extralimitaban en fiestas y borracheras y amanecían en cualquier otra encantadora playa, donde pasaban varios días más divirtiéndose.

Era el motivo de su desgano al tomar la denuncia. En el Departamento se trataba de evadir esos tipos de casos y tomar en serio la denuncia sólo después que hubiesen pasado las setenta y dos horas de la supuesta desaparición. Tenían montones de carpetas llenas con reportes similares de turistas extraviados y luego resultaba que estaban de fiesta con amigos, borrachos o con mujeres que conocían en las playas de la Riviera Este de Indonesia del Borneo Septentrional. Y el hotel Rinjani Beach Eco Resort, donde se hospedaron Nikole, Palmer y sus dos amigos después de llegar de Inglaterra, estaba precisamente en esa Riviera.

No obstante, obviando los argumentos del funcionario, Nikole no quería dejar la comisaría hasta que no se tomase en serio su denuncia. En vista de que no podía deshacerse de la joven, el regordete policía tomó el teléfono, marcó un número y dijo algo en malayo. Pronto traspasó la puerta de

la oficina un apuesto agente vestido de civil, quien se presentó ante ella como el teniente-detective Adi Darma. Luego de tranquilizarla, le aseguró que si llegaban a saber algo inmediatamente la llamarían. La joven le suministró su número telefónico y le enseñó algunas fotos de los tres jóvenes desaparecidos que guardaba en el archivo de imágenes de su celular. Darma ordenó a sus segundos que descargaran las fotos y guardasen en la sección de DESAPARECIDOS del sistema de datos de la policía. Así se hizo. Al notar que el educado y galante teniente la tomaba en serio y estaba dispuesto a ayudarla, Nikole se calmó y dando por terminada su visita a la central policial, se incorporó del asiento y extendió agradecida la mano al teniente. Quería regresar cuanto antes al hotel para cerciorarse si su novio o algunos de sus amigos habían regresado o, tal vez, comunicado con la recepción para decirle que estaban bien y que no se preocupase. Al soltarle la mano, a la que Nikole apretaba con vigor, el teniente Darma se ofreció acompañarla hasta la salida. Mientras caminaban uno al lado del otro, el detective le preguntó de forma suspicaz y directa.

—¿No andarán metidos en líos de drogas? —lanzó mientras la miraba directamente a la cara a fin de apreciar su reacción.

—¡No, por Dios!... Ellos saben los severos que son aquí con los drogadictos... ¡Ni locos lo harían! —saltó en defensa de su novio y amigos.

—Mucho más inflexibles con los traficantes —aclaró el teniente Darma—. Los culpables son llevados ante un pelotón de fusilamiento sin importar de qué país de origen sean —comunicó intimidatorio, no tanto para asustar a Nikole sino para escuchar su respuesta.

–¡Por Dios!... Son buenos estudiantes... Próximos a graduarse... Nunca cometerían una estupidez como esa – afirmó contundente, aunque sospechaba que cuando Palmer andaba con sus amigos no estaba en nada bueno. Se comportaba evasivo y no atendía sus llamadas, pero no era evidencia de que se estuviese drogando.

–¿Y tú? –preguntó otra vez directo el teniente-detective mientras bajaban por la escalera principal de la comisaria, la cual daba hacia una calle principal.

–¡Por favor!... Me ofende... Jamás en mi vida. Siquiera sé los efectos que produce... Nunca me ha interesado y siempre que me hablan de eso, evito...

–¡Está bien!... ¡Está bien!... Discúlpeme si la ofendí –tercio rápido Darma a fin de contener su avalancha de palabras–. No le estoy acusando de nada...

–¿Entonces por qué me trata así? –desencajó furiosa mientras detenía el paso sobre el último escalón y le clavaba sus azules ojos inyectados de rabia.

–¡Discúlpeme! –repitió abochornado el teniente-detective–. A simple vista se aprecia que es una persona decente, pero debía preguntárselo... Es parte del protocolo policial... Mucho más si están involucrados tres jóvenes supuestamente desaparecidos.

–Lo disculpo... La próxima vez mida bien sus palabras – reprochó agría Nikole–. Que sea joven, no quiere decir que no se me deba tratar con respeto. Mucho más siendo mujer –acotó–. ¿Dónde pido un taxi? –preguntó cuando estaba ya al borde de la acera.

–¡Aquí mismo!... A veces pasan a cada rato... Esperaré con usted –manifestó gentil Darma contrariado no por formularle la pregunta, sino por haberla hecho molestar de esa manera. No esperaba una reacción similar.

—Gracias, pero no hace falta—. Podré hacerlo sola —respondió todavía enojada Nikole.

A una señal de Nikole, un taxi pronto se detuvo a sus pies. La joven subió al auto y este enseguida se puso en marcha.

Parado sobre la acera el teniente Darma lo veía alejarse por la larga avenida. Su semblante reflejaba cierta decepción. Quiso ser galante con la joven y la había defraudado. Se ocuparía del caso a fin de darle un rápido final feliz y así resarcir su error y obtener la gratitud de la bella joven. Era lo menos que podía hacer. Siempre exhortaba a sus subordinados a ser gentiles con los extranjeros para que se llevaran una buena imagen de su país, bastante deteriorada a nivel mundial por los continuas condenas a muerte de traficantes y jóvenes turistas que se dejaban seducir por la simplicidad y bajo precio con que se podía comprar estupefacientes en todo el Sudeste Asiático, sobre todo en algunas de las más de diecisiete mil islas que conformaban el Archipiélago Indonesio.

Nikole llegó temprano al hotel. Una vez en la recepción pidió la llave de su bungalow y preguntó si su novio o alguno de sus amigos habían llamado o dejado algún mensaje y la respuesta fue negativa. Subió a su habitación y sin desvestirse se echó sobre la cama. Estaba deprimida y el encontronazo con el teniente Darma había empeorado aún más su angustia y preocupaciones. Ahora temía que por haber reaccionado de la forma como lo hizo, en represalia el detective no se ocuparía de la desaparición de los tres jóvenes. Siquiera se tomó la molestia de preguntar por qué habían ido a Indonesia. Cosa que sí hizo el policía regordete, aunque no lo anotó en el acta cuando le dijo que después de pasar quince días de vacaciones en la playa, irían como

asistentes a un yacimiento arqueológico en Malasia. Tampoco se interesó cuando le habló del profesor Herman Krich y lo notable que era. Nada de lo que dijera parecía importarle. Quizás habría sido porque donde iba a hacer sus estudios no estaba en territorio indonesio de la isla sino en el malasio y ese era problema de otra jurisdicción y no suyo. Nikole se sentía sola, abandonada en un país extranjero del que poco conocía y, lo peor, desecha mentalmente.

Ayudada por uno de sus pies se quitó un zapatos y lo lanzó fuera con fuerza sin siquiera abrir los ojos para ver dónde fue a caer. Lo mismo hizo con el otro. Giró el cuerpo, tomó una de las almohadas y la abrazó contra su cuerpo. No tenía sueño. Además, eran apenas pasada la una de la tarde y siquiera había almorzado. Eso no le importaba. Sólo quería pensar. Tratar de deshilar el misterio de la desaparición de Alex y sus dos amigos. ¿Qué podría haberles pasado? ¿Qué tan grave que siquiera pudieron hacer una llamada? ¿Por qué sus teléfonos no tenían tono? ¿Estarán muertos? ¿Tuvieron un accidente y están en coma? Su cerebro era un mar de dudas e interrogantes sin respuestas. ¿Se metieron en problemas de drogas y los mataron? ¿O están encarcelados en una estación de policía de algún infame pueblo cercano? ¿Los estarán torturando?... ¡Ay, Alex, ay!... Aunque no se lo dije nunca a nadie, siempre sospeché que te drogabas, se lamentó desde el fondo de su corazón. Quiero borrar esa imagen de mi mente, pero me persigue. A veces lo logro, otras no. Ahora ha vuelto y golpea fuerte mi pecho. ¡Ojalá esté equivocada!... Perdóname si es así, se quejaba en entristecido diálogo interior mientras se giraba de un lado a otro de la cama sin soltar de entre los brazos la voluminosa almohada.

Cuando no pudo contenerse más, estalló en un llanto ahogado y silencioso. La almohada seguía allí, ahora pegada a su boca. Contenía sus sollozos y gimoteos, pero no su intenso dolor. A veces la apretaba aún más contra la boca para aturdirlos y alejar el sonido de sus oídos. Le indignaba escuchar su propio llanto y lamento.

Agotada de tanto llorar y recriminarse a sí misma sobre aquel viaje que sería de placer y trabajo enaltecedor para su carrera, y que ahora se había convertido en un desastre sin sentido donde el fantasma de la muerte acechaba a cada instante, quedó profunda.

No supo cuánto tiempo estuvo dormida. El insistente repiqueteo del teléfono de la cabaña-bungalow que compartía con su novio, la despertó. Al abrir los ojos todo estaba en penumbras. Se incorporó y a tientas buscó descolgar el teléfono, pero sus manos no lograban ubicarlo. Cuando al fin alcanzó el auricular, el teléfono dejó de sonar. Se incorporó de la cama y quedó sentada en el borde. Se despezó con desgano, puso sus pies descalzos sobre los tablones del piso y encendió la lamparita de la mesa de noche. Miró hacia el teléfono, se cercioró que el auricular estaba bien colocado y se dispuso a esperar a que repicase otra vez. Casi inmóvil y con los ojos fijos sobre el aparato esperó a que volviera a sonar. Pero nada, siquiera un zumbido. En esa posición, casi estática, sólo moviendo de vez en cuando cabeza y ojos en busca de un no sé qué en las mudas paredes de bambú, esperó un rato más, pero el teléfono había enmudecido. No volverán a llamar, se dijo para sus adentros y descalza camino zigzagueante y con las rodillas apretadas una contra otra hacia el baño. Tenía muchas ganas de orinar y estaba a punto de hacerse encima.

Apenas pudo llegar. Se sentó en la poceta, dejó salir de lo profundo de sus pulmones un liberador bufido y comenzó a librar su repleta vejiga. En ese mismo instante el teléfono comenzó a repicar nuevamente cortando su acción desagradadora. Nikole suspiró, dejó que sonara hasta que reventase y, aunque le costó un poco, retomó el hilo de su urgente necesidad. ¡Qué se vayan al carajo!, expresó entre dientes y siguió en lo suyo.



Las ráfagas de viento parecían querer llevarse de paseo por la selva al pequeño grupo. El profesor Krich sujetó fuerte la mano de la menuda Brenda, quien daba zancadas en falso y si no hubiese sido por su rápida ayuda posiblemente aquel monzón repentino la hubiese levantado del suelo y lanzado a metros de donde estaba. Quizás lo habría hecho con todos, porque a cada segundo la furia del viento y su despavorido canto aumentaban en intensidad e intenciones destructivas.

Haber levantado el campamento a apenas pocos metros de la Gran Roca del Puño Acostado, fue un acierto. Si hubiese estado un poco más lejos no habrían podido ponerse a resguardo a tiempo. Los árboles crujían de tal forma que parecían gritar de dolor. Con lamento mortuorio grandes ramas comenzaron a desgajarse de sus troncos e inertes eran arrastradas por el viento hasta su última morada, quizás en la ribera de algún río o en los brazos de otros árboles que los esperaban para protegerlos en su regazo de suaves hojas. Las más robustas simplemente caían y se anegaban en el torrente de lodo y detritus que acolchaba el suelo de la selva y corría en busca de algún afluente cercano que los lavase y arrullase en sus aguas limpias y cristalinas.

—¡Aseguren todo y no salgan! —ordenó Krich después de entrar en la carpa principal, la más grande de las tres que constituían el campamento. Todas de una lona color azul tan encendido que parecían pequeños oasis sembrados en

una selva oscura llena de verde vegetación y altos y tupidos árboles con hojas que parecían pender del mismísimo cielo, el cual muy pocas veces dejaba ver su rostro.

Mientras todos se afanaban en cubrir pequeñas filtraciones y mover trastos de un lugar a otro para evitar que penetrase agua por alguna rendija e inundase el interior, el desgarrador grito que habían escuchado cuando comenzó la tormenta, volvió a repetirse. Semejaba el gemido que lanzaban las mujeres en el momento del parto. Era tan agudo y cercano que hacía erizar la piel.

—No se asusten... Son los lamentos de Brashatá. Es inofensivo —afirmó Udo Raiun a fin de aplacar el temor reflejado en el rostro de sus compañeros, más que todo de la doctora Jhonson, una arqueóloga y antropóloga norteamericana que se había sumado a la pequeña expedición por pedido del propio profesor Krich por ser experta en descifrar códigos y lenguas aborígenes de la antigüedad, además de poseer un doctorado en teología de la Universidad de La Sorbona.

—¿Qué es eso de Brashatá?... ¿Uno de los espíritus malignos del que hablan las leyendas aborígenes? —preguntó el profesor alemán mientras pasaba una de sus manos sobre los hombros de la doctora Jhonson para tranquilizarla—. ¡Cálmate, Bird! —sugirió llamándola por su nombre de pila—. Debe ser algún animal asustado.

—Algo de eso, profesor... —balbuceó Raiun—. Es el híbrido de *pongo*... Ruge de esa forma para espantar a la tormenta y alertar a los de su especie —precisó refiriéndose a los orangutanes pardos rojizos de Borneo, conocidos como *Pongo pygmaeus*.

—Sí, lo sé... Había leído sobre ellos antes de venir hacia acá —expresó el curtido arqueólogo mientras buscaba secar-

se con las manos su largo cabello blanco sobre el que cayeron grandes goterones.

–Se pueden comunicar a muchos kilómetros de distancia –agregó Brenda sin quitar los ojos de lo que estaba haciendo.

–¡Qué tipo de animal tan espantoso!... Realmente asustata... Ruge como un ser demoníaco... ¿Come gente? –quiso saber Goldie Ann, una joven y aventajada estudiante de arqueología que había viajado junto al profesor Krich y la doctora Jhonson a la espera de que Nikole, Palmer y sus otros amigos se le sumasen. Eran del mismo grupo y ahora se sentía sola y desorientada entre personas mayores que ella y los aborígenes de Borneo.

–No se preocupe, señorita. No hacen nada... No es una fiera salvaje... –la tranquilizó Udo, quien al ver que Brenda hacía esfuerzos para mover un pesado fardo se apresuró en ir en su ayuda.

–Al igual que sus parientes, son arborícolas y pasan la mayor parte de sus vidas en lo más alto de los árboles. Comen frutas y hojas, no personas –agregó Brenda con una sonrisa en los labios a fin de atenuar su temor.

–Menos mal... Pero sus rugidos asustan –expresó Goldie más calmada.

–No son rugidos. Es el *chirrido del beso*... Así le dicen los nativos... Lo emiten cuando se alteran, tienen miedo o sienten curiosidad por algo –aclaró la científica malaya mientras seguía moviendo bultos de un lugar a otro de la amplia tienda de campaña ayudada por el profesor Krich y la doctora Johnson.

–¿El chirrido del beso?... ¿Qué tontería es esa? –soltó la joven estudiante.

—Cuando los orangutanes se alteran y ahora están alterados por la tormenta, lanzan ese sonido o algo parecido a lo que oímos... Protestan... —explicó Brenda y a fin de aclarar cualquier confusión, agregó—: Los aborígenes lo llaman el *chirrido del beso* y no me pregunten porqué... Simplemente no lo sé —agregó antes de que surgiese de boca de alguien la interrogante.

—El mal tiempo los estresa y cuando olfatean una tormenta se lo comunican a otros orangutanes y así, en cadena interminable, la noticia viaja por toda la selva... Viven solos, pero se apoyan y ayudan unos a otros sin importar la distancia —agregó Udo mientras dirigía la mirada hacia donde estaba Brenda—. ¿Te ayudo? —indagó al verla mover con fatiga otro grueso bulto recubierto de lona.

—No, gracias... Ya está hecho —comunicó mientras arribaba el pesado envoltorio hacia una de las esquinas de la carpa.

—A ellos también les molesta mucho la lluvia... Viven en los árboles y sus nidos también sufren sus embates —prosiguió Udo mientras veía al profesor Krich, quien estaba inquieto y nervioso.

—Muy cierto, Udo... Tienes toda la razón, pero también gruñen y emiten extraños sonido vocales para alejar a los carnívoros —complementó Brenda, quien era una acérrima conservacionista y rescatista de animales salvajes en peligro de extinción. Bajo el patrocinio de las autoridades de Malasia pasaba meses en la jungla en labores de rescate y clasificación de especies, tanto animales como vegetales.

—¡Qué bueno!... Así nosotros estamos a salvo de tigres y cualquier otro depredador —manifestó la doctora Jhonson después de un suspiro.

—Más o menos... No hay que confiarse... En la selva los peligros acechan tanto de día como de noche —respondió Brenda muy segura de lo que decía.

—¡Qué inteligentes!... —exclamó Goldie Ann—. No había pensado en eso... Son nuestros guardaespaldas —expresó jocosa.

—Así es... Son casi humanos y tan inteligentes, que los nativos dicen que no hablan para que no los pongan a trabajar —afirmó la doctora Koh acnhinados aún más sus pequeños y expresivos ojos negros. Todos echaron a reír.

—Hay que evitar que el agua se meta —alertó Krich mientras sentía descorrer el agua debajo de la carpa *piso cerrado*, la cual evitaba que entrasen víboras o cualquier otra alimaña de la selva, pero si la tormenta no amainaba el agua podría abrir una rendija y meterse a borbotones y no de la forma goteante como lo venía haciendo.

—Por ahora estamos seguros... Espero que el temporal cese pronto —dijo Brenda, quien pese a sus facciones asiáticas tenía un fino perfil y labios delgados, no gruesos como el común de los malayos—. En el trópico las tormentas duran poco... Espero que esta vez suceda lo mismo, aunque no creo... Esta no parece igual a las otras... —concluyó pensativa.

—Parece que el firmamento está enloquecido —la respaldó Udo, quien pertenecía a la etnia Badú y a diferencia de la doctora Koh, tenía labios grandes y carnosos, nariz achata-da y pómulos sobresalientes.

—Ese orangután no deja de lamentarse... ¿Por qué le dicen Brashatá? —preguntó Bird Jhonson, quien a sus cuarenta años, gracias a su porte y esbelto cuerpo, más parecía una ex modelo de pasarela que una connotada científica.

—Su nombre quiere decir algo parecido a demonio... Se lo pusieron los nativos —contestó enseguida Udo, pero como la doctora se levantó de hombros y fijó en él sus grandes ojos verdes, el guía malasio, agregó—: Brashatá es un híbrido... Es el resultado de un orangután macho rojo que se emparentó con una hembra gibón... —manifestó dudoso al referirse a otro tipo de primates hominoideos—. Es lo que dicen, pero nadie en realidad sabe de dónde vino y si en realidad es una mezcla de dos monos o de otra cosa.

—Es la primera vez que escucho algo así... No hay nada de eso documentado en los libros —refutó la científica norteamericana mientras recogía su largo cabello negro hacia atrás y sujetaba con un pequeño arete elástico.

—Es una leyenda muy popular entre las tribus del sur del Kalimantan... Nadie que pueda documentar su existencia lo ha visto... Sólo algunos aborígenes del sur de Borneo, pero murieron al regresar de la selva... Dicen que enloquecieron... —aclaró Brenda Koh al salir en defensa de Udo, quien parecía estar acorralado.

—Con tantas expediciones que han venido a estas selvas es casi imposible que nadie los haya visto —refunfuñó la doctora Jhonson.

—Es muy escurridizo... Sólo en las noches y a través de sus gruñidos hace notar su presencia —aclaró la joven científica malaya.

—Son estúpidas leyendas... Repito. No hay nada escrito alrededor de ese primate, si en realidad lo es —rumió sarcástica la doctora Jhonson.

—Así es... Pero es lo único que sabemos sobre esa especie de mitad *pongo* y mitad *gibón* —admitió Brenda Koh en el mismo momento que volvió a escucharse su *chirrido*, el

cual ahora parecía enmascarado entre gemido de dolor y feroz gruñido.

–Bien... Por ahora dejen tranquilo que ese mono haga lo que quiera. Debemos mover estos trastos y afianzarlos en aquella esquina –apremió el profesor Krich indicando con su mano hacia un resquicio de la amplia tienda de campaña–. Qué alguien vaya a ver si todo está bien con el resto de grupo –manifestó viendo a Udo, quien comprendió que le tocaría a él, ya que los demás ocupantes de esa carpa eran mujeres.

–Abriégate bien... Aquí está prohibido enfermarse –le dijo Brenda mientras sonreída le extendía un resistente impermeable color amarillo de talle largo. Lo protegía, no sólo porque ella lo había incluido en la expedición sino porque era un guía de excelente olfato y persuasivos instintos. Además, era su compatriota y no iba dejar que nada le sucediese mientras ella pudiese evitarlo.

Afuera la tormenta se había desatado en toda sus pavorosa saña. Parecía expiar un pecado que había cometido contra los dioses del universo y lloraba a cántaros. Los reflectores del cielo de instante a instante relampagueaban ante sus ojos y dejaban brotar de las cavernas del cielo atronadores sonido como de tambores salvajes que explotaban entre las nubes.

Sobreponiéndose a sus propios temores y dudas, Brenda y Udo, como buenos anfitriones de la selva, por haber nacido en ese suelo inhóspito y al mismo tiempo maravilloso, pero lleno de peligros, misterios y sorpresas, trataron de calmar a los visitantes de Hutan Gelap. Sabían, tal como siempre acontecía en el trópico, que la tormenta cesaría en el momento más inesperado. Por los porteadores aborígenes que estaban en las otras dos grandes carpas comunales no se

preocupaban. Eran hombres de la selva y estaban acostumbrados a todos sus caprichos, no obstante también había que velar por ellos, tal como lo hacía el profesor Krich.

La que en principio sería una modesta expedición hacía Hutan Gelap, se fue agrandando gracias al financiamiento de varias fundaciones que estimulaban el estudio arqueológico en zonas desconocidas y salvajes a las que el profesor había dirigido concluyentes y disuasivas correspondencias en busca de ayuda económica, aportes que llegaron con cierto retardo, pero no el suficiente para disuadirlo de su pronta partida a Malasia. En sus inicios pensaba ir sólo en compañía de algunos estudiantes que estaban realizando sus tesis de grado, quienes pagarían sus costos de viaje y traslado a Borneo. De allí su desesperado intento en extender invitaciones a algunos de sus estudiantes. Por nada en el mundo quería abortar la expedición. Estuvo tres largos años planificando hasta su último detalle y por falta de fondos no pensaba frustrarla. Necesitaba manos útiles y cerebros frescos y los estudiantes serían de gran ayuda. Mucho más después de la experiencia de su primer viaje a Hutan Gelap, donde pasó gran parte de los tres meses de permanencia ayudando a los aborígenes a limpiar el área alrededor de la Gran Roca del Puño Acostado. Esta vez sería diferente. A su lado tenía las personas adecuadas y el aporte financiero para sostener meses de estudios en el corazón de la selva. Por eso incluyó a la doctora Koh y a Raiun, a quienes encomendó contratar a un buen número de aborígenes, quienes además de servir de porteadores durante la travesía por la selva, también los utilizaría para talar las toneladas de troncos y bejucos que estuvieron a punto de devorar y ocultar para siempre a la Gran Roca.